

## **CÓMO ACTUAR EN ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS: NI ACTITUDES CISMÁTICAS, NI VIDENTES, NI DESESPERACIÓN. UNIDOS A LA VID DE CRISTO Y DE LA MANO DE MARÍA**

Antonio José Sánchez Sáez

En los últimos 4 años los católicos estamos asistiendo estupefactos a la demolición de la Iglesia desde su propio interior: se desmantelan seminarios y congregaciones fieles (Mons. Livieres en Paraguay, Franciscanos de la Inmaculada, etc.); se interviene la Orden de Malta para reponer a un Canciller que reparte preservativos; se programan conferencias sobre extinción de especies (también la humana, por supuesto); se alaba al Nuevo Orden Mundial de Obama, Clinton, Soros o Ban Ki Moon; se invita a conspicuos defensores del aborto y de la contracepción (Sachs, Ehrlich, Schellnhuber...); se exalta a Lutero como testigo del Evangelio y se celebra el cisma luterano; se despide a los miembros del Culto Divino y se les reemplaza por una mayoría modernista; se promueve la comunión a los adúlteros impenitentes; se abraza a sodomitas y personas en pecado sin llamarles a la conversión; se elimina el juramento pro vida de la Pontificia Academia para la Vida; se nombra a un protestante para dirigir la edición argentina de L'Osservatore romano; se denosta y fustiga como fariseos a los que queremos seguir a Cristo con todas sus consecuencias y ser fieles a sus enseñanzas; se consideran los anticonceptivos como un dilema moral; se llama conejas a las madres con muchos hijos; se promueve a declarados homosexuales a cargos en la Curia; se ataca sin piedad a Cardenales y obispos fieles que plantean dudas legítimas mientras que se muestra una falsa misericordia con los que odian a la Iglesia; se bendice a marxistas y masones (Panella, Napolitano, Morales, Mújica, Castro, Fernández de Kirchner, Bonnino...); se busca un falso ecumenismo con protestantes de toda laya y ortodoxos; se proyectan imágenes de Nueva Era sobre la basílica del Vaticano el día de la Inmaculada Concepción; se desalienta la predicación a judíos, musulmanes y evangélicos; se proclama que los milagros de Cristo no fueron tales; que no tenemos certeza de las auténticas palabras de Cristo; se difunde el discurso ambientalista del Nuevo Orden Mundial, caballo de Troya de la anticoncepción y del aborto; se firman, en nombre del Vaticano, los Objetivos de desarrollo del Milenio, de la ONU, donde se promueve la agenda LGBTO y la salud reproductiva; se llama a acoger a refugiados musulmanes sin discernimiento alguno y de manera acrítica; se promueve, en fin, una doctrina confusa y difusa en todos los órdenes de la Iglesia; se persigue a los fieles y se promueve a los herejes; etc. Tengo buena memoria, y podría llenar varias páginas sólo recordando *par coeur* afrentas y lanzazos a la Iglesia, ejecutadas por quien debería defenderla...

Muchos hijos de la Iglesia intuyen lo que está pasando. Algo hemos dicho al respecto. Ante esta situación se nos pueden presentar muchas tentaciones, que enumeraré a vuela pluma:

-Dejarse llevar por el desánimo, el miedo y la acedia. Nada más fácil, ni más querido por el Demonio, que instila este dulce veneno en las almas de los más apocados y escrupulosos.

- Pensar que no pasa nada extraordinario: que como todo viene del Papa debe estar bien, engañándose, con ignorancia culpable y vencible, acerca de la naturaleza de la auténtica obediencia, que nunca puede consentir el error en materia de fe o moral, la herejía o el pecado. ¡Cuántos santos clamaron siempre en la historia de la Iglesia contra ellas! Es más, la propia Iglesia siempre dedicó sus mejores esfuerzos a desenmascararlas y condenarlas...

- Radicalizarse, dejarse llevar hacia posturas cismáticas, de tipo lefebvrista o, lo que es peor, sedevacantista. No hay una Iglesia auténtica fuera de la Iglesia. Pero entendamos esto bien: la auténtica Iglesia será siempre la que esté unida a la tradición y al magisterio perenne de la Iglesia, incluido el CVII interpretado en continuidad con el magisterio previo, no a cismas personales ni colectivos. La tentación del celo amargo puede llevar a pensar que la Iglesia auténtica pervive en una orden o congregación concreta, aferrada a un tradicionalismo petrificante, mal entendido.

- Incurrir en una malsana curiosidad, que nunca viene de Dios, que lleva a escudriñar por Internet profecías, revelaciones privadas, videntes, estigmatizados, etc., sin discernimiento alguno, buscando el morbo de lo que ha de acontecer, dejando de lado la santidad personal y paralizando al que la profesa, que deja de evangelizar o de trabajar.

- Callar por cobardía, dejando a las ovejas sin pastor, por pensar que estamos en una etapa más de la Iglesia, desgraciada ciertamente, pero que pasará cuando luego venga otro Papa que pondrá las cosas en su sitio.

- Muchos bautizados, finalmente, la mayoría, aplaudirán la demolición de la Iglesia, considerando que no es tan malo que la Iglesia se adapte al mundo, aceptando el divorcio, el adulterio, la sodomía, la ideología de género, el aborto, la anticoncepción, el liberalismo-marxismo cultural que nos invade...

Dios, en su omnímoda sabiduría, consiente que el Misterio de Iniquidad posea mayoritariamente a su Iglesia, la única que Él fundó, la católica, apostólica y romana. Y lo hará para separar el trigo de la cizaña, los corderos de los cabritos: no había otra forma de hacerlo. La infiltración masónica y marxista dentro de la misma ha llegado a tales niveles que Dios permitirá un cisma. Pero, por primera vez en la historia de la Iglesia, no lo realizarán los herejes separándose de la vid que es Cristo, sino que serán los herejes y apóstatas (que ya han tomado el control pleno del Vaticano, salvo algunos reductos de oposición) los que echarán de las Iglesias a los católicos fieles, excomulgando al resto fiel que, por pura gracia, no habrá de doblar sus rodillas ante el falso profeta (quien quiera que sea), el remanente que no caerá en la gran apostasía pronosticada por los Padres de la Iglesia, la misma Virgen María en sus apariciones y tantos santos a lo largo de la historia (y que se cifra en el numeral 675 del Catecismo).

Así fue también en la primera venida, que es typo y prefiguración de la Segunda o Parusía, que, a mi juicio, está a las puertas. Porque así como la Iglesia del tiempo de Jesús, la Sinagoga, expulsó por herejes a los apóstoles y mataron a Cristo llamándole blasfemo, y azotaron y torturaron y apedrearon a los discípulos de Cristo, esto es, los judíos fieles que no cayeron en el fariseísmo (los que pronto serían llamados cristianos), así también ocurrirá ahora pronto, cuando los

sacerdotes, obispos y cardenales (incluido un falso papa o falso profeta) que ya están sumidos en ese mismo fariseísmo expulsen de las Iglesias a los que no transijamos con la comunión de adúlteros impenitentes, con la sodomía, con el aborto o con el falso ecumenismo. Como mataron a Cristo sus antepasados judíos para quedarse con la herencia, sabiendo que era el Hijo (Mt, 21, 38), así harán también sus sucesores: no quieren a un Cristo que llame a la conversión, que exija fidelidad a los mandamientos de su Padre, que castigue con el Infierno a los que mueren en pecado mortal, etc... quieren a un falso Mesías mundano, que tolere todo, que proclame que el hombre es el centro de la religión y su libre determinación, que desplace a Dios, que bendiga, en fin, el pecado, al precio de la apostasía. Quieren, finalmente, aquello que agrada al mundo: una Iglesia que se dedique sólo a las obras sociales, a dar pan y comida, a cuidar a los pobres, pero que no predique sobre la necesidad de santificarse y convertirse para salvar el alma. Una Iglesia horizontal, inmanente, que no apunte al Cielo. Falsa Iglesia, y falso Cristo.



Ya lo avisaba Cristo mismo:

*Juan 16, 2-4: "2 Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. 3 Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. 4 Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho".*

Y

*Mt, 24, 9-10: "9 «Entonces os entregarán a la tortura y os matarán, y seréis odiados de todas las naciones por causa de mi nombre. 10 Muchos se escandalizarán entonces y se traicionarán y odiarán mutuamente".*

Y

*Mc, 13, 9: "9 «Pero vosotros mirad por vosotros mismos; os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa, para que deis testimonio ante ellos"*

Porque así como el fariseísmo tomó por completo la Sinagoga en tiempos de Cristo, también lo ha hecho ahora. Y recordemos que los fariseos eran los modernistas de su época, los que permitían y justificaban el adulterio con mil razones y casuísticas, los que decían respetar la ley pero la impugnaban e incumplían caso por caso, conforme al parecer personal. Justo lo mismo que está ocurriendo ahora con la

herética Exhortación *Amoris Laetitia*<sup>1</sup>, según la cual los lobos vestidos de pastores dicen que se respeta la indisolubilidad del matrimonio pero permiten por la vía pastoral el adulterio de los que conviven con hijos en común, sobre la primacía protestante de lo que ellos llaman la “conciencia personal” (que en realidad es puro subjetivismo y persistencia en el pecado pues una conciencia recta siempre se somete y coincide con los mandamientos de la Ley de Dios) por encima de las reglas morales negativas, que no admiten excepción (como afirma *Veritatis Splendor* y el magisterio eclesiástico ininterrumpido anterior).

La solución no es dejarse llevar por ninguna de las tentaciones que nos pone el Diablo ante nuestros ojos, que hemos enumerado antes. Sobre todo, en tiempos difíciles, no hay que seguir revelaciones personales ni a videntes, de los que hay verdadera inflación por Internet, prueba evidente de que una inmensa mayoría de ellos son falsos. El Demonio es muy listo y buscará atraer nuestra curiosidad haciéndonos buscar y creer sin criterio cualquier cosa que suene apocalíptica o terrible. Y en ellas se mezclan casi siempre unas gotas de veneno (a veces una dosis mortal) que nos pueden llevar a errores gravísimos. Pongamos un ejemplo palmario que tiene a muchos católicos secuestrados en su discernimiento: la vidente madrileña “Marga”, que aplaude la actual situación de destrucción de la Iglesia y que, como Francisco, culpa a los que intentan permanecer fieles de cismáticos. Esto es realmente diabólico: sería algo así como culpar de cismático a San Cirilo de Alejandría o a San Atanasio por denunciar el arrianismo, a Santo Tomás Moro por denunciar a Enrique VIII o a Santa Teresa, San Ignacio o San Felipe Neri por denunciar el luteranismo.



---

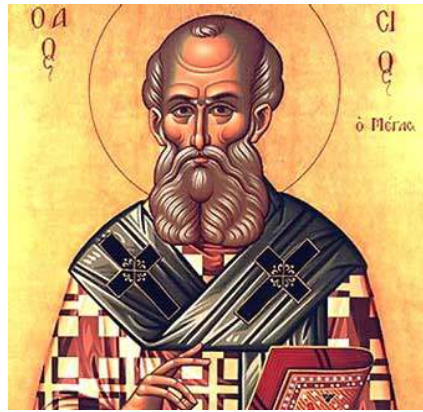
<sup>1</sup> Pensada desde un principio para darle la comunión a los adúlteros sin arrepentimiento: recordemos las declaraciones que hizo Mons. Bruno Forte, Secretario del Sínodo de la Familia, narrando la conversación que tuvo con Francisco, descubriendo esta intención: En su suprema arrogancia, Forte no vio inconvenientes en informar a los asistentes de la conferencia de prensa del 3 de mayo sobre *Amoris Laetitia* que durante el Sínodo, Francisco hizo una broma (“una battuta”) diciendo que “si hablamos explícitamente sobre la comunión para los divorciados vueltos a casar armaremos un tremendo lío.” Entonces, Francisco le dijo a Bruno, “no hablaremos de esto abiertamente; háganlo de tal manera que las premisas estén ahí, luego yo sacaré las conclusiones.”. <http://adelantelafe.com/forte-del-papa-soltando-la-lengua/> y <http://www.zonlocale.it/2016/05/03/-nessuno-si-deve-sentire-escluso-dalla-chiesa-20471>

El error se denuncia por el bien de las almas, no se lo tolera para que infecte a los fieles y se condenen. Y el error se le imputa al que lo comete, para que se retracte y pida perdón, o, en caso contrario, para expulsarle de la Iglesia y evitar así que contamine las aguas limpias del magisterio. No hay nada más misericordioso que recordar la Verdad, proponerla y proclamarla, aunque duela. Ni una falsedad más grande que una falsa misericordia que permite a todos seguir pecando sin llamarles a la conversión.



Por tanto, no son tiempos de seguir a videntes ni de caer en la curiosidad. Todo está en la revelación pública: los profetas, los apóstoles (Mateo 24, Lucas 21, Marcos 13), las epístolas de San Pablo, San Pedro, San Juan, el Apocalipsis... todos nos hablan del fin de los tiempos y de la gran apostasía de la Iglesia en los momentos finales. Tengo por cierto que, efectivamente, estamos entrando en la gran apostasía profetizada por el Catecismo, promovida hábilmente por la misma cabeza de la Iglesia por la vía pastoral o de los hechos (el fariseísmo, de nuevo). Nuestro asidero, nuestra esperanza, son las promesas de la Biblia, interpretada auténticamente por el Magisterio idéntico de la Iglesia durante 2000 años, de la Tradición (entendida ésta como siempre lo hizo la Iglesia, como algo vivo y no muerto o petrificante), los sacramentos, el amor a la Virgen y a la Verdad que es Cristo. Muchos se escandalizarán y se condenarán por callar y por consentir, por no haber amado la Verdad que les hubiera salvado (2 Tes. 2, 10).





Ello no implica renunciar a creer en las apariciones marianas, al contrario, ya que la Virgen nos ha avisado, desde La Sallette hasta ahora, de la gran apostasía que vendría a la Iglesia, urgiéndonos a la conversión y a la fidelidad a las enseñanzas de siempre, y de la inminencia de la Parusía (Fátima, Amsterdam, Banneaux, Heede, Garabandal, Tre Fontane, Akita, Kibeho, al Padre Gobbi, etc.). Los mensajes de la Virgen son Luz en la oscuridad de nuestros tiempos. Ni tampoco supone dejar de lado las profecías de los santos y beatos que nos avisaron desde el comienzo hasta hoy: es escalofriante ver cómo todas ellas se están cumpliendo. Basta citar a Ana Catalina Emmerick y sus visiones del fin de los tiempos para ver esta dura realidad.



La actitud adecuada frente a lo que estamos pasando y frente a lo que se nos viene encima es orar sin descanso, reparar por tantos ultrajes, sacrilegios e indiferencias a Cristo eucaristía (como pidió la Virgen en Fátima), mortificarse y ofrecer ayunos y penitencias por la conversión propia y de los pecadores (la beata Jacinta, tan querida), frecuentar los sacramentos, pedir por nuestra fidelidad y la de nuestros hermanos y amigos, el rezo diario del rosario, la coherencia de vida y la consagración al Inmaculado Corazón de María, refugio seguro en estos últimos tiempos previos a la Parusía... Tengamos esperanza y levantemos la cabeza con

alegría, porque está cerca nuestra liberación. Estemos contentos porque la apostasía y la herejía en la Iglesia y en el mundo serán fulminadas por Cristo en su Venida, aunque para llegar a la Tierra prometida de los Nuevos cielos y la Nueva Tierra la Iglesia fiel haya de transitar por su desierto (Ap., 12, 6), como lo hizo el primer Israel tras el Éxodo... Ahora, el nuevo Israel que es la Iglesia habrá de pasar por la mayor tribulación que vieron los tiempos ni lo verán: el resto fiel, perseguido desde fuera por el mundo y desde dentro, ay, por las fuerzas masónicas que han usurpado la Iglesia, será acrisolado y purificado (Zc. 13, 8-9) y entrará en el Reino prometido cuando Él venga, momento en el que triunfará el Inmaculado Corazón de María.

No caigamos pues en la desesperación ni en la desesperanza, porque la promesa de Cristo de que las puertas del Infierno no prevalecerían contra la Iglesia se cumplirá en el resto fiel, mientras que la mayor parte de la Iglesia caerá en la apostasía y defecionará.

Al igual que la primera Iglesia vio ascender a Cristo estando ya en las catacumbas, perseguida por los judíos, que les consideraban apóstatas y herejes, también la Iglesia del fin de los tiempos será un remanente fiel y escaso, de nuevo en las catacumbas, perseguida, azotada y, paradójicamente, tildada de apóstata por la Iglesia apóstata. El mundo al revés. El judaísmo cayó por completo en la apostasía y fue castigado por Dios con 2000 años de persecuciones, expulsión de su tierra, éxodo y desvaríos doctrinales satánicos (el Talmud, la Kábala). También será castigada, con el Infierno, la parte de la Iglesia que se mundanice y se aparte de la vid... se agostará cual sarmiento separado de la savia de la vida eterna, se secará y será echada al fuego para que arda. Recemos mucho por nuestros hermanos para que abran los ojos y vean, sobre todo por quien parece liderarles.

Que cada uno vaya tomando posiciones. No nos equivoquemos: la Iglesia auténtica será ésta: la perseguida desde dentro y desde fuera, la menos numerosa, la exigua, la que permanezca fiel a las enseñanzas de siempre de la Iglesia sobre el pecado, la transubstanciación, la presencia real y sustancial de Cristo en la Eucaristía, la condenación y el Infierno. Identificarla, por tanto, será fácil. Pero los respetos humanos, el miedo, la tibieza, la cobardía, el pecado, harán que muchos apostaten y se vayan a la otra, la que aparentará triunfar, la que será aceptada y querida por el mundo, que dirá: "Por fin una Iglesia que nos entiende y que nos deja pecar". El viejo Non serviam...

Dejémonos pues, de videntes, de laxitud o de actitudes cismáticas. Unámonos a la vid que tiene la vida eterna, hundamos nuestras raíces en el agua de vida (Salmo 1) y no temamos porque quien dirige la barca de la Iglesia fiel es Cristo:

*Jeremías 17, 7-8: "7 Bendito sea aquel que fía en Yahveh, pues no defraudará Yahveh su confianza. 8 Es como árbol plantado a las orillas del agua, que a la orilla de la corriente echa sus raíces. No temará cuando viene el calor, y estará su follaje frondoso; en año de sequía no se inquieta ni se retrae de dar fruto".*

Y digamos siempre: Señor, cuéntanos entre tus elegidos. Espíritu Santo, concédenos fortaleza en el momento de la prueba. María Santísima, cúbrenos con tu manto y guárdanos en el Refugio seguro de tu Corazón Inmaculado. Santo ángel

de nuestra guarda, cuídanos y protégenos. Bendito San José, aumenta nuestra fe y protege a tu Iglesia.



Sevilla, 20 de marzo de 2017, festividad litúrgica de San José, padre de la Iglesia universal.

Amén.